

La sociología urbana se ha constituido en una de las áreas más relevantes del conocimiento y análisis de la sociedad actual. La tendencia del desarrollo social contemporáneo hace de la ciudad, el escenario de un conjunto de transformaciones y conflictos que provocan y demandan la intervención de un cuerpo teórico-metodológico, el cual permite la investigación de los complejos mecanismos que interactúan en el territorio. Múltiples esfuerzos interdisciplinarios se requieren para avanzar en el conocimiento y explicación de la heterogeneidad de los procesos económicos, sociopolíticos y culturales, resultantes de la urbanización en las formaciones sociales capitalistas dependientes. Si bien en México la investigación urbana y regional se ha desarrollado en forma sistemática, en algunas Universidades y Centros de Investigación, todavía es necesario impulsar la formación de estudiantes e investigadores en dicho campo. Bajo tal orientación, se presenta esta *Antología*, cuya selección de textos no pretende ser exhaustiva, en cuanto a autores y materiales producidos. Constituye, por ello, un material de lectura que tiene como fin apoyar las labores de docencia e investigación en las instituciones de educación superior.

# ANTOLOGÍA DE SOCIOLOGÍA URBANA

compiladores  
MARIO BASSOLS  
ROBERTO DONOSO  
ALEJANDRA MASSOLO  
ALEJANDRO MÉNDEZ



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

# ANTOLOGÍA DE SOCIOLOGÍA URBANA

compiladores

MARIO BASSOLS • ROBERTO DONOSO  
ALEJANDRA MASSOLO • ALEJANDRO MÉNDEZ



Colección de Ciencias Sociales  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
México 1988

## CONTENIDO

PRESENTACIÓN . . . . .	7
I. LA CIUDAD Y SU HISTORIA . . . . .	9
Origen y evolución de las ciudades, <i>Gideon Sjoberg</i> . . . . .	11
A modo de introducción: Urbanización y clases sociales, <i>Paul Singer</i> . . . . .	27
II. LA ESCUELA ALEMANA . . . . .	45
La metrópolis y la vida mental, <i>Georg Simmel</i> . . . . .	47
La ciudad occidental y la oriental, <i>Max Weber</i> . . . . .	62
La gran ciudad, <i>Werner Sombart</i> . . . . .	76
III. LA ESCUELA DE ECOLOGÍA URBANA DE CHICAGO . . . . .	89
Ecología humana, <i>Robert Ezra Park</i> . . . . .	92
El ámbito de la ecología humana, <i>R. D. McKenzie</i> . . . . .	105
El crecimiento de la ciudad: Introducción a un proyecto de investigación, <i>Ernest W. Burgess</i> . . . . .	118
El modelo del crecimiento urbano, <i>Maurice R. Davie</i> . . . . .	130
Estudios de comunidad y ecológicos, <i>Milla A. Alihan</i> . . . . .	154
El urbanismo como modo de vida, <i>Louis Wirth</i> . . . . .	162
La estructura ecológica de las ciudades mexicanas, <i>Floyd Dotson y Lillian Ota Dotson</i> . . . . .	183
IV. EL ENFOQUE ANTROPOLÓGICO . . . . .	209
El papel cultural de las ciudades, <i>Robert Redfield y Milton B. Singer</i> . . . . .	213
Nuevas observaciones sobre el "continuum" folk-urbano y urbanización con especial referencia a México, <i>Oscar Lewis</i> . . . . .	226
La cultura de la pobreza, <i>Oscar Lewis</i> . . . . .	240
El mito de la cultura urbana, <i>Manuel Castells</i> . . . . .	252
V. FUNCIONALISMO LATINOAMERICANO . . . . .	265
La ciudad como mecanismo integrador, <i>Gino Germani</i> . . . . .	267
El proceso de urbanización en los países avanzados y en los países en desarrollo, <i>Gino Germani</i> . . . . .	287

Primera edición: 1988

DR © 1988, Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria. 04510 México, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES  
Impreso y hecho en México

ISBN 968-837-986-7

El desarrollo urbano de México: Prólogo e introducción, <i>Luis Unikel</i> . . . . .	317
<b>VI. DEPENDENCIA, MARGINALIDAD Y CENTRO-PERIFERIA</b> . . . . .	337
La formación de un universo marginal en las ciudades de América Latina, <i>Anibal Quijano</i> . . . . .	340
Marginalidad y otras cuestiones, <i>José Nun</i> . . . . .	366
Urbanización, dependencia y marginalidad en América Latina, <i>Paul Singer</i> . . . . .	399
Hacia una economía política de la urbanización en las sociedades capitalistas periféricas, <i>David Slater</i> . . . . .	425
<b>VII. ESCUELA MARXISTA</b> . . . . .	459
De la ciudad a la sociedad urbana, <i>Henri Lefebvre</i> . . . . .	463
Intercambio y fuerza productiva, <i>C. Marx y F. Engels</i> . . . . .	479
¿Hay una sociología urbana?, <i>Manuel Castells</i> . . . . .	491
Del estudio del espacio al análisis de "la ciudad": El sistema urbano, <i>Manuel Castells</i> . . . . .	518
De la política estatal a la política urbana. El papel del Estado en la urbanización capitalista, <i>Jean Lojkme</i> . . . . .	527
Necesidades sociales y socialización del consumo, <i>Edmond Préteceille</i> . . . . .	577
Planificación urbana y neocapitalismo, <i>Jean Pierre Garnier</i> . . . . .	619
<b>VIII. ESTUDIOS DE RENTA DEL SUELO URBANO</b> . . . . .	645
La formación de los precios del suelo en la ciudad capitalista: Introducción al problema de la renta, <i>Christian Topalov</i> . . . . .	647
Renta de la tierra y heterogeneidad urbana, <i>Guillermo Geisse y Francisco Sabatini</i> . . . . .	668
Valor de uso, valor de cambio y teoría de la utilización del suelo urbano, <i>David Harvey</i> . . . . .	698
Naturaleza y función del mercado inmobiliario urbano, <i>Brian Goodall</i> . . . . .	738
<b>IX. MOVIMIENTOS SOCIALES URBANOS</b> . . . . .	775
Apéndice: Los movimientos sociales urbanos en la vía democrática al socialismo, <i>Manuel Castells</i> . . . . .	777
Efectos territoriales del conflicto: Los hechos y su interpretación, <i>Francisco Indovina</i> . . . . .	784
Movimientos urbanos y cambio político, <i>Jordi Borja</i> . . . . .	801
El movimiento popular mexicano en la década de los 70, <i>Lucio E. Maldonado Ojeda</i> . . . . .	830
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> . . . . .	847

## PRESENTACIÓN

La sociología urbana se ha constituido en una de las áreas más relevantes del análisis de la sociedad actual. La tendencia del desarrollo social contemporáneo, hace de la ciudad el escenario de un conjunto de transformaciones y contradicciones que demandan la intervención de un cuerpo teórico-metodológico que permita el conocimiento de los complejos procesos y agentes sociales que interactúan en la problemática urbana.

La urbanización de América Latina se ha convertido, desde décadas atrás, en un tema de creciente interés en las ciencias sociales. Hoy en día puede afirmarse que los estudios sobre las ciudades latinoamericanas representan un verdadero desafío al análisis social. Múltiples esfuerzos interdisciplinarios se requieren para avanzar en el conocimiento y explicación de la heterogeneidad de situaciones económicas, territoriales, sociopolíticas y culturales resultantes de la urbanización en las formaciones sociales capitalistas dependientes. Estos esfuerzos harán posible, también, que el debate sobre el desarrollo urbano, sobre el papel del Estado y sobre la potencialidad de los movimientos sociales urbanos tenga sustentos cada vez más ricos y consistentes.

Si bien en México los estudios urbanos y regionales se establecieron desde los años sesentas en varias universidades y centros de investigación académica, todavía es necesario impulsar, aún más, la formación de estudiantes e investigadores en este campo.

Creemos que esta formación debe superar el umbral de la mera verificación empírica de la magnitud de los llamados "problemas urbanos" y plantearse la creación de instrumentos analíticos que logren dar cuenta de los conflictos y profundas transformaciones territoriales y sociales ocurridas en el país. Además de incentivar la capacidad crítica, teórica y práctica, para generar propuestas alternativas de políticas y acciones que respondan a las necesidades colectivas, teniendo como horizonte un nuevo modelo de ciudad y de organización del territorio.

A partir del nuevo plan de estudios de 1976, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM se abrió la opción vocacional de Sociología Urbana que quedó integrada por un grupo de materias teóricas y Talleres de Investigación.

La presente antología se ha realizado con el propósito de apoyar la

## EL URBANISMO COMO MODO DE VIDA

LOUIS WIRTH \*

### *La ciudad y la civilización contemporánea*

Así como el principio de la civilización está marcado por el asentamiento permanente de pueblos anteriormente nómadas en la cuenca del Mediterráneo, asimismo como mejor se caracteriza el comienzo de lo que es privativamente moderno en nuestra civilización es por el surgimiento de grandes ciudades. Nunca ha estado la humanidad más alejada de la naturaleza orgánica que en las condiciones de vida características de las grandes ciudades. El mundo contemporáneo ya no presenta un cuadro de pequeños grupos aislados de seres humanos dispersos por un vasto territorio, como Sumner describió la sociedad primitiva.<sup>1</sup> El rasgo distintivo del modo de vida del hombre en la edad moderna es su concentración en gigantescos conglomerados alrededor de los cuales se apiñan centros menores, y de los cuales irradian las ideas y prácticas que solemos llamar civilización.

El grado en que puede decirse que el mundo contemporáneo es "urbano" no puede medirse con justeza por la proporción del total de habitantes de las ciudades. Las influencias que las ciudades ejercen sobre la vida social del hombre son mayores de lo que indicaría la proporción de la población urbana, pues la ciudad no sólo es, en grado cada vez mayor, la morada y el taller del hombre moderno, sino también el centro de iniciación y control de la vida económica, política y cultural que ha atraído a su órbita las partes más remotas del mundo, y formado un cosmos de diversas zonas, pueblos y actividades.

El crecimiento de las ciudades y la urbanización del mundo son dos de los hechos más impresionantes de los tiempos modernos. Aunque es imposible decir precisamente cuál es la proporción urbana del total calculado de la población mundial de aproximadamente 1 800 millones, es urbano el 69.2 por ciento de la población total de los países que establecen una distinción entre zonas rurales y zonas urbanas.<sup>2</sup> Además, si se considera el hecho de que la población mundial está distribuida de modo muy desigual y que el crecimiento de las ciudades no ha avanzado mucho en algunos de los países a los que sólo recientemente ha llegado el industrialismo, esta medida no refleja debidamente el grado en que la concentración urbana ha avanzado en aquellos

\* Tomado de *The American Journal of Sociology*, vol. 44, julio de 1938, con autorización del autor y del editor.

<sup>1</sup> William Graham Sumner, *Folkways*, Boston, 1906, p. 12.

<sup>2</sup> S. V. Pearson, *The Growth and Distribution of Population*, New York, 1935, p. 211.

países en que los efectos de la revolución industrial han sido más poderosos y menos recientes. Este cambio de una sociedad rural a otra fundamentalmente urbana, ocurrido en el curso de una sola generación en regiones tan industrializadas como los Estados Unidos y Japón, ha sido acompañado por modificaciones profundas, virtualmente en todas las fases de la vida social. Y son estos cambios y sus ramificaciones los que atraen la atención del sociólogo hacia el estudio de las diferencias entre el modo de vida urbano y el rural. Este interés es requisito indispensable para la comprensión, posiblemente cabal, de algunos de los más profundos problemas contemporáneos de la vida social, ya que probablemente con él se obtenga una de las perspectivas más reveladoras de los actuales cambios de la naturaleza humana y del orden social.<sup>3</sup>

Como la ciudad es producto de un crecimiento, y no una creación instantánea, puede esperarse que las influencias que ejercen sobre los modos de vida no logren extinguir completamente las formas de asociación humana que antes predominaron. Por tanto, en mayor o menor grado, nuestra vida social lleva la huella de una anterior sociedad, los modos de asentamiento característicos de lo que fueron la granja, el castillo y la aldea. Esta influencia histórica se ve reforzada por la circunstancia de que la población de la ciudad misma ha sido reclutada, en gran medida, entre la gente del campo, donde aún persiste un modo de vida que recuerda esta anterior forma de existencia. Por tanto, no esperemos encontrar una variación súbita y discontinua entre los tipos de personalidad urbana y rural. Ciudad y campo pueden considerarse como dos polos, en referencia a uno de los cuales tienden a organizarse todos los asentamientos humanos. Al considerar la sociedad urbano-industrial y la rural tradicional como tipos ideales de comunidades, podemos obtener una perspectiva para el análisis de los modelos básicos de asociación humana, tal como aparecen en la civilización contemporánea.

### *Una definición sociológica de la ciudad*

Pese al preponderante significado de la ciudad en nuestra civilización, es precario nuestro conocimiento de la naturaleza del urbanismo y del proceso de urbanización. En realidad se han hecho muchos inten-

<sup>3</sup> Mientras que la vida rural norteamericana ha sido durante largo tiempo tema de considerable interés de parte de las oficinas de gobierno —el caso más notable de informe exhaustivo fue el que presentó la Country Life Commission al presidente Theodore Roosevelt, en 1909— debe notarse que no se hizo ningún estudio oficial igualmente extenso hasta que se estableció un Comité Investigador del Urbanismo, del Comité de los Recursos Nacionales (cf. *Our Cities: Their Role in the National Economy*. Washington: Government Printing Office, 1937).

tos de aislar las características de la vida urbana. Geógrafos, historiadores, economistas y científicos de la política han aportado los puntos de vista de sus disciplinas respectivas para llegar a diversas definiciones de la ciudad. Aunque en ningún sentido pretenda sobrepasarlas, la formulación de un enfoque sociológico a la ciudad puede servir, incidentalmente, para llamar la atención sobre las interrelaciones que hay entre aquéllas, subrayando las características peculiares de la ciudad como forma particular de asociación humana. Toda definición de la ciudad que tenga significado sociológico tratará de seleccionar aquellos elementos del urbanismo que lo han marcado como modo distintivo de la vida humana en grupo.

Es obviamente arbitrario caracterizar una comunidad como urbana sólo sobre la base de su tamaño. Es difícil defender la actual definición del censo que designa a una comunidad de 2 500 habitantes o más como urbana y a todas las demás como rurales. La situación sería la misma si la norma fuese de una población de 4 mil, 8 mil, 10 mil, 25 mil o 100 mil habitantes, pues aunque en el último caso sintiéramos que estábamos tratando con un conglomerado urbano más claramente que en el caso de comunidades de menores dimensiones, ninguna definición de urbanismo puede esperar ser completamente satisfactoria mientras las cifras sean consideradas como norma única. Además, no es difícil demostrar que unas comunidades de un número de habitantes menor al arbitrariamente fijado, que se encuentren dentro de la esfera de influencia de los centros metropolitanos, tienen mayor derecho a ser reconocidas como urbanas que otras comunidades mayores que llevan una existencia aislada en una zona predominantemente rural. Finalmente, debe reconocerse que las definiciones del censo se ven indebidamente influidas por el hecho de que la ciudad, en cuestión estadística, siempre es un concepto administrativo, ya que los límites administrativos desempeñan un papel decisivo al delinear la zona urbana. Donde más claramente aparece esto es en las concentraciones de población en las periferias de grandes centros metropolitanos que atraviesan límites administrativos arbitrarios de ciudad, condado, estado y nación.

Mientras identifiquemos el urbanismo con la entidad física de la ciudad, considerándola rígidamente delimitada en el espacio, y procedamos como si los atributos urbanos súbitamente dejaran de manifestarse más allá de una línea límite arbitraria, no es probable que lleguemos a ninguna concepción adecuada del urbanismo como modo de vida. Los avances tecnológicos de transportes y comunicaciones que virtualmente han marcado una nueva época de la historia humana, han acentuado el papel de las ciudades como elementos dominantes de nuestra civilización y han extendido enormemente el modo de vida urbano más allá de los confines de la ciudad misma. El predominio de la ciudad, especialmente de la gran ciudad, puede considerarse como

consecuencia de la concentración en la ciudad de instalaciones y actividades industriales y comerciales, financieras y administrativas, líneas de transporte y comunicación y un acervo cultural y recreativo que incluye la prensa, las estaciones de radio, los teatros, las bibliotecas, los museos, las salas de concierto y ópera, los hospitales, las instituciones de educación superior, los centros de investigación y publicación, las organizaciones profesionales y las instituciones religiosas y de beneficencia. De no ser por la atracción y el poder de sugestión que la ciudad ejerce a través de estos instrumentos sobre la población rural, las diferencias entre los modos de vida rural y urbano serían aún mayores de lo que son. La urbanización ya no se limita a definir el proceso por el cual las personas se ven atraídas por un lugar llamado la ciudad, e incorporadas a su sistema de vida. Se refiere también a esa acentuación acumulativa de las características distintivas del modo de vida que se asocia con el crecimiento de la ciudad, y finalmente, con los cambios en la dirección de los modos de vida reconocidos como urbanos, que son evidentes entre las personas, se encuentren donde se encuentren, que han sucumbido al atractivo de las influencias que la ciudad ejerce en virtud del poder de sus instituciones y personalidades, que actúan a través de los medios de comunicación y transporte.

Los inconvenientes de utilizar el número de habitantes como única norma del urbanismo, también pueden censurarse, en su mayor parte, a la mera densidad de población. Ya sea que aceptemos la densidad de 10 mil personas por milla cuadrada, propuesta por Mark Jefferson<sup>4</sup> o la de mil, preferida por Wilcox,<sup>5</sup> como norma de los asentamientos urbanos, es claro que, a menos que la densidad sea relacionada con importantes características sociales, tan sólo podrá aportar una base arbitraria para diferenciar las comunidades urbanas de las rurales. Como nuestro censo tiene en cuenta la población nocturna antes que la diurna de una zona, el sitio de la más intensa vida urbana —el centro de la ciudad— generalmente tiene una baja densidad de población, y las zonas industriales y comerciales de la ciudad que contienen las actividades económicas más características de la vida urbana casi en ningún lugar serían realmente urbanas si la densidad se interpretara literalmente como marca del urbanismo. No obstante, difícilmente podría dejarse de tener en cuenta para una definición de la ciudad, el hecho de que la comunidad urbana se distingue por una gran concentración y un conglomerado relativamente denso de población. Pero estas normas deben considerarse como relativas al contexto cultural general en que brotan y existen las ciudades, y son de aplicabilidad

<sup>4</sup> "The Anthropogeography of Some Great Cities", *Bull. American Geographical Society*, xli, 1909, pp. 587-96.

<sup>5</sup> Walter F. Wilcox, "A Definition of 'City' in Terms of Density", en E. W. Burgess, *The Urban Community*, Chicago, 1926, p. 119.

sociológica tan sólo hasta el punto en que actúan como factores condicionantes de la vida social.

Las mismas críticas pueden aplicarse a normas tales como la ocupación de los habitantes, la existencia de ciertas instalaciones e instituciones físicas, y las formas de organización política. La cuestión no es si, en nuestra civilización o en otras, las ciudades muestran estos rasgos distintivos, sino cuán potentes son al moldear el carácter de la vida social en su forma específicamente urbana. Para formular una definición realmente fértil no podemos perder de vista las grandes variantes que hay entre las ciudades. Por medio de una tipología de las ciudades basada en su tamaño, ubicación, antigüedad y función, como la que hemos tratado de establecer en nuestro reciente informe al Comité de Recursos Nacionales,<sup>6</sup> nos resultó factible enumerar y clasificar las comunidades urbanas, desde los pequeños poblados que luchan por su vida hasta los más activos centros metropolitanos, desde aislados centros comerciales en medio de regiones agrícolas hasta ricos puertos mundiales y conurbaciones comerciales e industriales. Diferencias como éstas parecen cruciales porque las características e influencias sociales de estas distintas "ciudades" varían extensamente.

Una definición útil de urbanismo no sólo debe denotar las características esenciales que tienen en común todas las ciudades —al menos las de nuestra cultura—, sino que debe prestarse también al descubrimiento de sus variaciones. Una ciudad industrial diferirá notablemente en sus aspectos sociales de una ciudad comercial, minera, pescadora y universitaria, o de una capital. Una ciudad de una sola industria presentará conjuntos de características sociales diferentes de los de una ciudad multi-industrial, así como una ciudad industrialmente equilibrada diferirá de una desequilibrada, un suburbio de una ciudad satélite, un suburbio residencial de un suburbio industrial, una ciudad dentro de una región metropolitana de una que se encuentra en el exterior, y una ciudad antigua de una nueva, una ciudad sureña de una de Nueva Inglaterra, una del medio oeste de una de la costa del Pacífico, una ciudad creciente de otra estable y de una que esté desapareciendo.

Obviamente, una definición sociológica debe ser lo bastante extensa para abarcar cualesquiera características esenciales que, como entidades sociales, tengan en común estos distintos tipos de ciudades, pero evidentemente no podrá ser tan detallada que tenga en cuenta todas las variaciones implícitas en las múltiples clases antes descritas. Puede presumirse que algunas de las características de las ciudades son más importantes que otras al condicionar la naturaleza de la vida urbana, y podemos esperar que los rasgos más destacados de la escena urbano-social varíen de acuerdo con las dimensiones, la densidad y las diferencias en el tipo

<sup>6</sup> *Op. cit.*, p. 8.

funcional de las ciudades. Además, podemos inferir que la vida rural llevará la huella del urbanismo en la medida en que, mediante contacto y comunicación, se encuentre bajo la influencia de las ciudades. Podrá contribuir a la claridad de las afirmaciones siguientes el repetir que aunque el centro del urbanismo como modo de vida se encuentra, desde luego y característicamente, en los lugares que satisfacen los requerimientos que hemos enumerado como definición de ciudad, sin embargo el urbanismo no se limita a tales localidades, sino que se manifiesta en diversos grados, por doquier llegan las influencias de la ciudad.<sup>7</sup>

Así, aunque el urbanismo, o ese complejo de rasgos que integran el modo característico de la vida en las ciudades, y la urbanización, que denota el desarrollo y las extensiones de estos factores, no se encuentran exclusivamente en los asentamientos que son ciudades en el sentido físico y demográfico, sin embargo encuentran su expresión más pronunciada en tales zonas, especialmente en las ciudades metropolitanas. Al formular una definición de la ciudad, es necesario tener cautela para no identificar el urbanismo como modo de vida con cualesquiera influencias específicas, condicionadas por la localidad o por la historia, y que aunque pueden afectar considerablemente el carácter específico de la comunidad, no son los determinantes esenciales de su carácter de ciudad.

Es de particular importancia llamar la atención hacia el peligro de confundir el urbanismo con el industrialismo y el capitalismo moderno. Indudablemente, el surgimiento de ciudades en el mundo moderno no es independiente del brote de la tecnología moderna de las máquinas, de la producción en masa y de las empresas capitalistas; pero, por muy distintas que las ciudades de épocas anteriores hayan sido de las grandes ciudades de hoy, en virtud de su desarrollo en un orden preindustrial y precapitalista, no obstante también fueron ciudades.

Con fines sociológicos, una ciudad puede definirse como un asentamiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos. Sobre la base de los postulados que sugiere esta mínima definición, puede formularse una teoría del urbanismo a la luz del conocimiento existente que concierne a los grupos sociales.

#### *Una teoría del urbanismo*

En la numerosa literatura acerca de la ciudad, buscamos en vano una teoría del urbanismo que presente de manera sistemática los conocimientos de que disponemos concernientes a la ciudad como entidad social. En realidad, contamos con excelentes formulaciones de teorías

<sup>7</sup> Véase Robert E. Park, Ernest W. Burgess y otros, *The City*, Chicago, 1925, esp. caps. II y III; Werner Sombart, "Städtische Siedlung, 'Stadat'", *Handwörterbuch der Soziologie*, ed. Alfred Vierkandt, Stuttgart, 1931; véase también la bibliografía.

acerca de problemas tan especiales como el crecimiento de la ciudad, considerado como corriente histórica y como proceso recurrente, y tenemos toda una rica literatura que presenta vislumbres de aplicación sociológica y estudios empíricos que ofrecen detallada información sobre toda una variedad de aspectos particulares de la vida urbana. Mas, pese a la multiplicación de investigación y libros de texto sobre la ciudad, hasta ahora no tenemos un cuerpo comprensivo de hipótesis concisas que pueda derivarse de un conjunto de postulados implícitamente contenidos en una definición sociológica de la ciudad, y de nuestro general conocimiento sociológico que pueda fundamentarse en la investigación empírica. Las mayores aproximaciones a una teoría sistemática del urbanismo con que contamos se encuentran en un agudo ensayo, "Die Stadt", obra de Max Weber,<sup>8</sup> y en un memorable artículo de Robert E. Park acerca de "La ciudad: sugerencias para las investigaciones del comportamiento humano en el medio urbano".<sup>9</sup> Pero ni siquiera estas excelentes contribuciones están cerca de constituir un marco ordenado y coherente de teoría en que con provecho pueda proceder la investigación.

En las páginas siguientes intentaremos establecer un número limitado de características capaces de identificar la ciudad. Dadas estas características, entonces indicaremos qué consecuencia o nuevas características se siguen de ellas a la luz de la teoría sociológica general y de la investigación empírica. De este modo, esperamos llegar a las proposiciones esenciales que abarquen una teoría del urbanismo. Algunas de estas proposiciones pueden basarse en un cuerpo considerable de materiales de investigación ya disponible; otras pueden ser aceptadas como hipótesis, de las cuales ya existe cierta cantidad de indicios, pero para las cuales se requiere una verificación más amplia y exacta. Esperamos que tal procedimiento al menos muestre con qué contamos hoy en la vía del conocimiento sistemático de la ciudad, y cuáles son las hipótesis importantes y fructíferas para futuras investigaciones.

El problema central del sociólogo de la ciudad es descubrir las formas de acción y organización social que, típicamente, surgen en los asentamientos compactos y relativamente permanentes de grandes números de individuos heterogéneos. También hemos de inferir que el urbanismo adquirirá su forma más característica y extrema en la medida en que estén presentes las condiciones con que es congruente. Así, cuanto más densamente poblada y más heterogénea sea una comunidad, más acentuadas serán las características asociadas con el urbanismo; no obstante, debe reconocerse que en el mundo social pueden aceptarse y continuarse instituciones y prácticas por razones distintas de aquellas que original-

<sup>8</sup> Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft* (Tubinga, 1925), part I, chap. VII (*Economía y Sociedad*, F. C. E. 2ª reimpresión, 1974, tomo II, p. 661).

<sup>9</sup> Park, Burgess y otros, *op. cit.*, cap. I.

mente les dieron la existencia y que, en consecuencia, el modo urbano de vida puede perpetuarse en condiciones totalmente ajenas a las que fueron necesarias para su origen.

Acaso proceda hacer aquí una justificación de la elección de los términos principales que abarca nuestra definición de la ciudad. Se ha intentado tan general y al mismo tiempo tan denotativa como fuese posible sin recargarla con suposiciones innecesarias. Decir que son necesarias grandes cifras para construir una ciudad significa, desde luego, grandes cifras en relación con una zona limitada o con una gran densidad en el asentamiento. No obstante, hay buenas razones para tratar las grandes cifras y la densidad como factores separados, ya que cada uno puede conectarse con consecuencias sociales significativamente distintas. De modo similar, la necesidad de añadir la heterogeneidad a las cifras de población como norma necesaria y distinta del urbanismo, puede ser puesta en cuestión, ya que podemos esperar que la gama de diferencias aumente con los números. En nuestra defensa puede decirse que la ciudad muestra una clase y un grado de heterogeneidad de población que no puede explicarse completamente por la ley de los grandes números ni representarse adecuadamente por medio de una normal curva de distribución. Como la población de la ciudad no se reproduce a sí misma, debe reclutar a sus inmigrantes de otras ciudades, del campo y, en los Estados Unidos, hasta hace poco, de otros países. Así, históricamente la ciudad ha sido el crisol de razas, pueblos y culturas y un buen campo de cultivo de nuevos híbridos biológicos y culturales. No sólo ha tolerado, sino que ha favorecido las diferencias individuales, ha reunido personas de los confines de la tierra *porque* son diferentes y, así, son útiles unas a otras, no porque fuesen homogéneas y de mentalidad similar.<sup>10</sup>

Hay un buen número de proposiciones sociológicas concernientes a la relación entre a) número de población b) densidad de población, c) heterogeneidad de habitantes y grupo de vida, que pueden formularse sobre la base de la observación y la investigación.

*Tamaño de la población total.* Desde la *Política* de Aristóteles,<sup>11</sup> se

<sup>10</sup> Acaso sea necesaria una justificación por incluir el término "permanente" en la definición. El que no ofreciéramos una justificación extensa a esta condición de lo urbano se debe al hecho obvio de que, a menos que los asentamientos humanos echen raíces bastante permanentes en una localidad, no pueden surgir las características de la vida urbana y, a la inversa, la vida en conjunto de grandes números de individuos heterogéneos en condiciones de densidad no es posible sin el desarrollo de una estructura más o menos tecnológica.

<sup>11</sup> Véase esp. VIII 4. 4-14. Trad. Julián Marías y María Araujo: "Hay también una medida de la magnitud de la ciudad, lo mismo que de todos los demás seres, animales, plantas e instrumentos, pues ninguno de ellos conservará su propia capacidad si es demasiado pequeño o extremadamente grande, sino que, o quedará completamente privado de su naturaleza, o será defectuoso; así una nave de un

ha reconocido que aumentar el número de habitantes de un asentamiento más allá de cierto límite afectará las relaciones entre ellos y el carácter de la ciudad. Como ya indicamos, los grandes números comprenden una mayor gama de variaciones individuales. Además, cuanto mayor sea el número de individuos que participen en un proceso de interacción, mayor será la diferenciación *potencial* entre ellos. Por tanto, puede esperarse que los rasgos personales, las ocupaciones, la vida cultural y las ideas de los miembros de una comunidad urbana fluctúen entre polos más separados que los de los habitantes del campo.

Es fácil inferir que tales variaciones harán surgir una segregación espacial de los individuos por su color, su herencia étnica, su condición económica y social, sus gustos y preferencias. Los nexos de parentesco, de vecindad y los sentimientos que brotan de la vida en común durante generaciones de acuerdo con una común tradición popular, probablemente estarán ausentes o en el mejor de los casos serán relativamente débiles en un conglomerado cuyos miembros tengan diversos orígenes y antecedentes. En tales circunstancias, la competencia y los mecanismos de control aportan los sustitutos de los nexos de solidaridad en que debe confiarse para que mantengan unida una sociedad.

Un aumento del número de habitantes de una comunidad, más allá de unos cuantos cientos, forzosamente ha de limitar la posibilidad de cada miembro de la comunidad de conocer personalmente a todos los

palmo no será en absoluto una nave, ni tampoco lo será una de dos estadios, y el llegar a cierto tamaño, tanto en el sentido de la pequeñez como en el del exceso, dificultará la navegación. Igualmente, la ciudad que se compone de demasiado pocos habitantes no es suficiente (y la ciudad ha de ser suficiente) y la que se compone de demasiados, si bien se bastará para promover a sus necesidades será como un pueblo, pero no una ciudad, porque difícilmente podrá tener una constitución. ¿Quién podrá, en efecto, ser general de un número de hombres excesivamente elevado, o quién podrá ser su heraldo sin tener una voz estentórea?

“Por tanto, empezará a haber ciudad allí donde el número de ciudadanos sea tal que empiece a bastarse para vivir bien en una comunidad política. La ciudad cuyo número exceda al de ésta podrá ser una ciudad mayor, pero ese exceso, como hemos dicho, no es ilimitado. Cuál sea el límite de ese exceso, es fácil de ver por los hechos. Las actividades de la ciudad se reparten entre los gobernantes y los gobernados; corresponden al gobernante el mando y la administración de justicia; ahora bien, para juzgar y para distribuir los cargos de acuerdo con los méritos, los ciudadanos tienen forzosamente que conocerse unos a otros, y sus respectivas cualidades, de modo que, donde no puede ser así, necesariamente el ejercicio de los cargos y la administración de justicia serán defectuosos, pues en estas cosas no se debe improvisar, como ocurre, evidentemente cuando el número de ciudadanos es excesivo. Además, les será fácil a los extranjeros y metecos participar de la ciudadanía, ya que sin dificultad podrán pasar inadvertidos a causa del exceso de la población. Es evidente, por tanto, que el límite perfecto de la población es la cifra más alta posible para la autarquía de la vida y susceptible de ser abarcada en su totalidad. Quede así determinada la cuestión relativa a la magnitud de la ciudad.”

demás. Al reconocer el significado de este hecho, Max Weber indicó que desde un punto de vista sociológico, unos grandes números de habitantes y una gran densidad de población significan que faltará esa mutua relación personal de los habitantes que ordinariamente es inherente a todo vecindario.<sup>12</sup> Así, el aumento del número implica un carácter modificado de la relación social. Como dice Simmel:

[Si] el incesante contacto externo de grandes números de personas en la ciudad provocara el mismo número de reacciones internas que en el poblado pequeño en que uno conoce casi a todas las personas que encuentra y con cada una de las cuales tiene una relación positiva, el hombre sería completamente atomizado internamente y quedaría en una condición mental inimaginable.<sup>13</sup>

La multiplicación de personas en estado de interacción, en condiciones que hacen imposible su contacto como personalidades completas produce esa segmentación de las relaciones humanas que a veces ha sido captada por estudiantes de la vida mental de las ciudades como explicación del carácter esquizoide de la personalidad urbana. Esto no equivale a decir que los habitantes de la ciudad tienen menos conocidos que los habitantes del campo, pues la realidad puede ser inversa; significa, antes bien, que en relación con el número de personas a quienes ven y con quienes se codean en el curso de la vida cotidiana, conocen a una proporción menor, y aun en estos casos tienen un conocimiento menos intensivo.

De manera característica, los habitantes de las ciudades se encuentran entre sí en papeles sumamente segmentados. Desde luego, dependen de más personas que la gente rural para la satisfacción de sus necesidades vitales, y así se asocian con un número mayor de grupos organizados, pero dependen menos de personas particulares, y su dependencia de otros queda limitada a un aspecto sumamente fraccionado de la esfera de actividad de otro. Esto es, esencialmente, lo que significa decir que la ciudad se caracteriza por contactos secundarios, no primarios. Los contactos en la ciudad pueden ser, realmente, cara a cara, pero no obstante son superficiales, impersonales, transitorios y segmentados. La reserva, la indiferencia y el aspecto de suficiencia que los ciudadanos manifiestan en sus relaciones pueden considerarse, por tanto, como recursos para inmunizarse a sí mismos contra las expectativas y peticiones personales de los demás.

La superficialidad, el anonimato y el carácter transitorio de las relaciones sociales urbanas también nos hacen comprender el refinamiento

<sup>12</sup> *Op. cit.*, p. 514.

<sup>13</sup> Georg Simmel, “Die Grosstädte und des Geistesleben”, *Die Grosstadt*, ed. Theodor Petermann, Dresde, 1903, p. 187-206.

y la racionalidad que generalmente se atribuyen a los moradores de las ciudades. Nuestros conocidos suelen estar en una relación de utilidad para nosotros, en el sentido de que el papel que cada uno desempeña en nuestra vida es considerado abrumadoramente como medio para el logro de nuestros propios fines; por tanto, el individuo gana en ello, por una parte, cierto grado de emancipación o liberación de los controles personales y emocionales de los grupos íntimos; por otro lado, pierde la espontánea expresión propia, la moral y el sentido de participación inherentes a la vida en una sociedad integrada. Esto constituye, esencialmente, el estado de *anomia* o vacío social al que alude Durkheim cuando trata de explicar las diversas formas de desorganización social en la sociedad tecnológica.

El carácter segmentado y el acento utilitario de las relaciones interpersonales en la ciudad encuentran su expresión institucional en la proliferación de trabajos especializados que vemos en su forma más desarrollada en las profesiones. Las operaciones del vínculo pecuniario conducen a unas relaciones de predación que tienden a obstruir el eficiente funcionamiento del orden social, a menos que sean controladas por códigos profesionales y por una etiqueta laboral. Las recompensas que reciben la utilidad y la eficiencia sugieren la adaptabilidad del recurso corporativo para la organización de empresas en que el individuo sólo puede participar en grupos. La ventaja que la empresa tiene sobre el empresario individual y la sociedad de varios en el mundo urbano industrial no sólo se deriva de la posibilidad que ofrece de centralizar los recursos de miles de individuos o del privilegio jurídico de la responsabilidad limitada y la sucesión perpetua, sino asimismo del hecho de que la empresa no tiene alma.

La especialización de individuos, particularmente en sus ocupaciones, sólo puede proceder, como lo indicó Adam Smith, sobre la base de un mercado agrandado, que a su vez acentúa la división del trabajo. Este mercado agrandado sólo en parte es aportado por el *hinterland* de la ciudad; en gran medida se le encuentra entre los grandes números de habitantes que contiene la ciudad misma. El dominio de la ciudad sobre el *hinterland* circundante puede explicarse por la división del trabajo que la vida urbana ocasiona y promueve. El extremo grado de interdependencia y el inestable equilibrio de la vida urbana están íntimamente asociados con la división del trabajo y la especialización de las ocupaciones. Esta interdependencia e inestabilidad son acentuadas por la tendencia de cada ciudad a especializarse en aquellas funciones en que encuentra mayor ventaja.

En una comunidad compuesta por un número de individuos mayor del que les permite conocerse unos a otros íntimamente y reunirse, todos, en un lugar, se vuelve necesario comunicarse por medios indirectos y articular los intereses individuales por un proceso de delegación.

En la ciudad, característicamente, los intereses se hacen efectivos por medio de la representación. El individuo cuenta poco, pero la voz del representante es escuchada con una deferencia aproximadamente proporcional a los números por quienes habla.

Aunque esta caracterización del urbanismo, hasta el punto en que se deriva de grandes números, está lejos de agotar las inferencias sociológicas que pueden sacarse de nuestro conocimiento de la relación del tamaño de un grupo con el comportamiento característico de sus miembros, en bien de la brevedad las aseveraciones hechas podrán servir para ejemplificar la índole de las proposiciones que pueden desarrollarse.

### Densidad

Como en el caso de los números, así en el caso de la concentración en un espacio limitado surgen ciertas consecuencias de aplicabilidad al análisis sociológico de la ciudad. De éstas, pueden indicarse unas cuantas.

Como Darwin lo indicó de la flora y de la fauna, y como Durkheim<sup>14</sup> observó en el caso de las sociedades humanas, un aumento de los números en una zona constante (es decir un aumento de densidad) tiende a producir diferenciación y especialización, puesto que sólo de este modo podrá la región mantener a sus números aumentados. Así, la densidad refuerza el efecto de los números al diversificar a los hombres y sus actividades y al aumentar la complejidad de la estructura social.

En el aspecto subjetivo como ha indicado Simmel, el íntimo contacto físico de muchos individuos produce, necesariamente, un cambio en los medios por los cuales nos orientamos a nosotros mismos hacia el medio urbano, especialmente hacia nuestros congéneres. De manera característica, nuestros contactos físicos son íntimos, pero nuestros contactos sociales son distantes. El mundo urbano recompensa el reconocimiento visual. Vemos el uniforme que revela el papel de los funcionarios y nos olvidamos de las excentricidades personales ocultas tras el uniforme. Tendemos a adquirir y a desarrollar una sensibilidad hacia el mundo de los artefactos, y nos apartamos progresivamente del mundo de la naturaleza.

Presenciamos flagrantes contrastes de esplendor y miseria, de riqueza y pobreza, de inteligencia e ignorancia, de orden y caos. La competencia por el espacio es grande, por lo que cada zona, generalmente es dedicada al uso que rinde los mayores beneficios económicos. El lugar de trabajo tiende a disociarse del lugar de residencia, pues la proximidad de los establecimientos industriales y comerciales, hacen a una zona a la vez económica y socialmente deseable para fines residenciales.

<sup>14</sup> E. Durkheim, *De la division du travail social*, Paris, 1932, p. 248.

TEMAS EN CUERPO Y TERRITO

Densidad, valor de la tierra, rentas, accesibilidad, salud, prestigio, consideración estética, falta de molestias como ruido, humo, y suciedad, determinan lo deseable de varias zonas de la ciudad como lugares de asentamiento para distintas secciones de la población. El lugar y la naturaleza del trabajo, los ingresos, las características raciales y étnicas, la posición social, la costumbre, los hábitos, el gusto, la preferencia y los prejuicios se encuentran entre los factores importantes de acuerdo con los cuales se selecciona y distribuye la población urbana en asentamientos más o menos distintos. Diversos elementos de la población que habiten un asentamiento compacto tienden, por tanto, a segregarse unos de otros en el grado en que sus requerimientos y modos de vida son incompatibles entre sí y en la medida en que son antagónicos unos de otros. De modo similar, personas de condición y necesidades homogéneas van a dar a la misma zona, sea inconscientemente, sea porque así lo hayan decidido conscientemente o porque se vieran forzadas por las circunstancias. Así, las distintas partes de la ciudad adquieren funciones especializadas. En consecuencia, la ciudad viene a parecer un mosaico de mundos sociales en que es brusca la transición del uno al otro. La yuxtaposición de divergentes personalidades y modos de vida tiende a producir una perspectiva relativista y un sentido de tolerancia de la diferencia que pueden considerarse como requisitos para la racionalidad y que conducen a la secularización de la vida.<sup>15</sup>

El vivir y trabajar en conjunto de individuos que no tienen vínculos sentimentales ni emocionales fomenta un espíritu de competencia, engrandecimiento y explotación mutua. Para contrarrestar la responsabilidad y el desorden potencial, suele recurrirse a controles formales. Sin una rígida adherencia a una rutina predecible, una sociedad grande y compacta apenas lograría mantenerse. El reloj y el semáforo son símbolos de la base de nuestro orden social en el mundo urbano. Un frecuente y cercano contacto físico, aunado a una gran distancia social, acentúa la reserva de individuos no comprometidos unos ante otros y, a menos que sea compensado por otras oportunidades de respuesta, produce la soledad. El necesario desplazamiento frecuente de grandes números de individuos en un habitat congestionado da oportunidades de fricción e irritación. Las tensiones nerviosas que se derivan de tales frustraciones personales son acentuadas por el rápido ritmo y la complicada tecnología con las cuales debe vivirse la vida en las zonas densamente pobladas.

<sup>15</sup> Es difícil precisar el grado en que la segregación de la población en distintas zonas ecológicas y culturales y la resultante actividad social de tolerancia, racionalidad y mentalidad secular son funciones de densidad, a diferencia de heterogeneidad. Lo más probable es que nos enfrentemos aquí a fenómenos que son consecuencia de la operación simultánea de ambos factores.

### La heterogeneidad

La interacción social entre tal variedad de tipos de personalidad en el medio urbano tiende a quebrantar la rigidez de las líneas de casta y a complicar la estructura de clase, induciendo así un marco más ramificado y diferenciado de estratificación social del que se encuentra en sociedades más integradas. La acentuada movilidad del individuo, que lo coloca dentro de la gama de estímulo de un gran número de individuos diversos y lo somete a un fluctuante *status* en los grupos sociales diferenciados que integran la estructura social de la ciudad, tiende a una aceptación de la inestabilidad y la inseguridad, como norma en el mundo en general. Este hecho también ayuda a explicar la complejidad y el cosmopolitismo del individuo urbano. Ningún grupo en especial cuenta con la lealtad íntegra del individuo. Los grupos a los que está afiliado no se prestan fácilmente a una simple disposición jerárquica. En virtud de sus diferentes intereses, que brotan de distintos aspectos de la vida social, el individuo se vuelve miembro de grupos muy divergentes, cada uno de los cuales funciona tan sólo con referencia a un segmento aislado de su personalidad. Estos grupos tampoco permiten fácilmente una disposición concéntrica, de modo que los más limitados caigan dentro de la circunferencia de los más generales, como muy probablemente ocurra en la comunidad rural o en las sociedades primitivas. Antes bien, los grupos con que la persona típicamente se afilia son tangenciales entre sí o se intersecan de modos muy variables.

En parte como resultado del desarraigo físico de la población y en parte como resultado de su movilidad social, el cambio de miembros de cada grupo generalmente es rápido. El lugar de residencia, el lugar y el carácter del empleo, los ingresos y egresos fluctúan, y la tarea de mantener unidas las organizaciones y sostener y promover una relación íntima y duradera entre los miembros resulta difícil. Esto se aplica especialmente a las zonas locales dentro de la ciudad, en que las personas se agregan más por sus diferencias de raza, idioma, ingresos y posición social que por elección propia o una positiva atracción por otras personas parecidas a ellas. De modo abrumador, el habitante de la ciudad no es propietario de su casa, y como un habitat transitorio no genera tradiciones y sentimientos que arraigan al individuo, sólo rara vez resulta en realidad un vecino. El individuo tiene pocas oportunidades de obtener un concepto de la ciudad en conjunto o de examinar su lugar en el esquema total. En consecuencia, le resulta difícil determinar cuáles son sus propios intereses y decidir entre los asuntos y dirigentes que les presentan las agencias de sugestión de masas. Los individuos así apartados de los organismos organizados que integran la sociedad comprenden las masas fluidas que hacen tan impredecible,

y por tanto tan problemático, el comportamiento colectivo en la comunidad urbana.

Aunque la ciudad, mediante el reclutamiento de varios tipos para que desempeñen sus diversas tareas, y mediante la acentuación de su unicidad mediante la competencia y las recompensas a la excentricidad, la novedad, el desempeño eficiente y la inventiva, produce una población sumamente diferenciada, también ejerce una influencia niveladora. Doquiera que grandes números de individuos distintamente constituidos se congregan, también entra en acción el proceso de despersonalización. Esta tendencia niveladora es parte inherente de la base económica de la ciudad. El desarrollo de grandes ciudades, al menos en la época moderna, dependió en gran parte de la fuerza concentrativa del vapor. El surgimiento de la fábrica hizo posible la producción en masa para un mercado impersonal. La plena explotación de las posibilidades de la división del trabajo y de la producción en masa, sin embargo, sólo es posible con una estandarización de procesos y productos. Una economía monetaria va de la mano con tal sistema de producción. Al desarrollarse las ciudades ante un fondo de este sistema de producción, progresivamente el nexo pecuniario que implica la adquisitividad de artículos y servicios ha desplazado las relaciones personales como base de la asociación. En estas circunstancias, la individualidad debe ser reemplazada por categorías. Cuando grandes números tienen que hacer un uso común de instalaciones e instituciones, hay que llegar a un acuerdo para ajustar las instituciones e instalaciones a las necesidades de la persona media y no a las de individuos particulares. Los servicios de las instalaciones públicas, de las instituciones recreativas, educativas y culturales deben adaptarse a los requerimientos de las masas. De modo semejante, las instituciones culturales como las escuelas, los cines, la radio y los periódicos, en virtud de su clientela de masas necesariamente deben operar como influencias niveladoras. El proceso político tal como aparece en la vida urbana no pudo comprenderse sin tener en cuenta los atractivos de masa realizados a través de las modernas técnicas de propaganda. Si el individuo participara, en realidad, en la vida social, política y económica de la ciudad, habría de subordinar parte de su individualidad a las demandas de la comunidad en general y, en tal medida, participar él mismo en los movimientos de masas.

#### *La relación entre una teoría del urbanismo y la investigación sociológica*

Mediante un cuerpo de teorías tal como el que ilustrativamente hemos esbozado, los fenómenos complicados y polifacéticos del urbanismo podrán analizarse de acuerdo con un número limitado de categorías básicas. El enfoque sociológico a la ciudad adquiere así una unidad

esencial y una coherencia que capacita al investigador empírico no sólo a enfocar más distintivamente los problemas y procesos que con toda propiedad caen dentro de su campo, sino, asimismo, a tratar su tema de una manera más integrada y sistemática. Acaso proceda mencionar unos cuantos descubrimientos típicos de la investigación empírica en el campo del urbanismo, con referencia especial a los Estados Unidos, para fundamentar las proposiciones teóricas planteadas en las páginas anteriores; también pueden delinearse algunos de los problemas cruciales que merecen un estudio más amplio.

Sobre la base de las tres variables —número, densidad de población y grado de heterogeneidad— de la población urbana, parece posible explicar las características de la vida urbana y tratar de elucidar las diferencias entre ciudades de varios tipos y tamaños.

El urbanismo como modo característico de vida puede enfocarse empíricamente desde tres perspectivas interrelacionadas: 1) como estructura física que abarca una base de población, una tecnología y un orden ecológico; 2) como sistema de organización social que abarca una característica estructura social, una serie de instituciones sociales y una pauta típica de relaciones sociales; y 3) como conjunto de actitudes e ideas y constelación de personalidades que participan en formas típicas de comportamiento colectivo y sujetas a mecanismos característicos de control social.

#### *El urbanismo en la perspectiva ecológica*

Como en el caso de la estructura física y los procesos ecológicos podemos operar con índices bastante objetivos, es posible llegar a resultados perfectamente precisos y generalmente cuantitativos. El predominio de la ciudad sobre su *hinterland* resulta explicable mediante las características funcionales de la ciudad, que se derivan, en gran medida, del efecto de los números y de la densidad. Muchas de las instalaciones técnicas y de las especializaciones y organizaciones que hace surgir la vida urbana pueden crecer y prosperar sólo en las ciudades en que la demanda es suficientemente grande. La naturaleza y envergadura de los servicios prestados por estas organizaciones e instituciones y la ventaja de que disfrutan sobre las instalaciones menos desarrolladas de los poblados pequeños fomentan el predominio de la ciudad y la dependencia de regiones cada vez mayores, de la metrópoli central.

La composición de la población urbana muestra la operación de factores selectivos y diferenciadores. Las ciudades contienen una proporción de personas jóvenes mayor que las zonas rurales, que contienen más ancianos o gentes sumamente jóvenes. En este respecto, como en tantos otros, cuanto mayor es la ciudad, tanto más obvia es esta característica específica del urbanismo. Con excepción de las mayores entre todas las

ciudades, que han atraído al grueso de los hombres nacidos en el exterior, y de otros pocos tipos especiales de ciudades, las mujeres predominan numéricamente sobre los hombres. Lo heterogéneo de la población urbana también queda indicado a lo largo de lineamientos raciales y étnicos. Los nacidos en el exterior y sus hijos constituyen casi las dos terceras partes de todos los habitantes de las ciudades de un millón y más. Su proporción en la población urbana declina al reducirse el tamaño de las ciudades, hasta que, en las zonas rurales, comprende sólo cerca de una sexta parte de la población total. Las grandes ciudades, asimismo, han atraído más negros y otros grupos raciales que las comunidades pequeñas. Si consideramos que la edad, el sexo, la raza y el origen étnico están asociados con otros factores, como ocupación e intereses, resulta claro que una característica importante del habitante de la ciudad es su desemejanza de sus vecinos. Nunca había ocurrido que tan grandes masas de personas de diversos rasgos, como las que hoy vemos en nuestras ciudades, hubiesen entrado en tan cercano contacto físico como en las grandes ciudades de los Estados Unidos de hoy. Las ciudades en general y las ciudades norteamericanas en particular comprenden toda una gama de pueblos y culturas de modos de vida sumamente diferenciados entre los cuales, a menudo, sólo se encuentran la más tenue comunicación, la mayor indiferencia y la mayor tolerancia, y ocasionalmente enconadas pugnas; pero, siempre, los más agudos contrastes.

El hecho de que la población urbana no pueda reproducirse a sí misma parece ser una consecuencia biológica de toda una combinación de factores en el complejo de la vida urbana, y la declinación de la tasa de nacimientos generalmente puede considerarse como una de las señales más significativas de la urbanización del mundo occidental. Aunque la proporción de muertes en las ciudades es ligeramente superior a la del campo, la notable diferencia entre la incapacidad de las ciudades actuales para mantener su población y la de las ciudades del pasado está en que, antaño, se debía a una tasa excesivamente alta de muertes en la ciudad, en tanto que hoy como las ciudades se han vuelto más habitables desde el punto de vista de la salubridad, se debe a sus bajas tasas de nacimientos. Estas características biológicas de la población urbana tienen un significado sociológico, no sólo porque reflejan el modo urbano de existencia, sino porque también condicionan el crecimiento y futuro predominio de las ciudades y su básica organización social. Como las ciudades son consumidoras, antes que productoras de hombres, el valor de la vida humana y la estimación social de la personalidad no dejarán de ser afectadas por el equilibrio entre muertes y nacimientos. Las pautas del uso de los terrenos, del valor de la tierra, de los alquileres y de la propiedad, la naturaleza y el funcionamiento de las estructuras físicas, de la habitación, del transporte, de las instala-

ciones de comunicación, de las instalaciones públicas: éstas y otras muchas fases del mecanismo físico de la ciudad no son fenómenos aislados que no tengan que ver con la ciudad como entidad social, sino que son afectadas por el modo de vida urbano, y, a su vez, lo afectan.

### *El urbanismo como forma de organización social*

A menudo se han descrito sociológicamente los rasgos distintivos del modo de vida urbano, diciendo que consisten en la sustitución de los contactos primarios por los secundarios, en el debilitamiento de los nexos de parentesco y en el declinar del significado social de la familia, la desaparición del vecindario y el socavamiento de las bases tradicionales de la solaridad social. Todos estos fenómenos pueden verificarse considerablemente mediante índices objetivos. Así, por ejemplo, las bajas y declinantes tasas de reproducción urbana parecen indicar que la ciudad no conduce al tradicional tipo de vida de familia, que incluye la crianza de los hijos y el mantenimiento del hogar como sitio de toda una gama de actividades vitales. La transferencia de actividades industriales, educativas y recreativas a instituciones especializadas, fuera del hogar, ha privado a la familia de alguna de sus más características funciones históricas. En las ciudades, las madres probablemente serán empleadas, los inquilinos más frecuentes son parte de la familia, el matrimonio suele aplazarse y es mayor la proporción de personas solteras y sin compromisos. Las familias son más pequeñas y más frecuentemente sin hijos que en el campo. La familia como unidad de la vida social se ha emancipado del grupo mayor de parentesco característico del campo, y los miembros individuales corren en pos de sus propios y divergentes intereses en su vida vocacional, educativa, religiosa, recreativa y política.

Funciones tales como el mantenimiento de la salud, los métodos de paliar las dificultades asociadas con la inseguridad personal y social, las provisiones para la educación, el recreo y la mejora cultural han sido puestas en manos de instituciones sumamente especializadas, sobre una base de comunidad de estado o aun nacional. Los mismos factores que han creado mayor inseguridad personal también se hallan subyacentes en los mayores contrastes entre los individuos que pueden encontrarse en el mundo urbano. Aunque la ciudad ha quebrantado las rígidas líneas de casta de la sociedad preindustrial, ha agudizado y diferenciado los grupos de ingresos y de posición social. En términos generales, una proporción mayor de la población urbana adulta está empleada y económicamente activa que en el caso de la población rural adulta. La clase de los empleados y oficinistas, que abarca a quienes participan en el comercio, las labores de oficina y los trabajos profesionales, es más numerosa, proporcionalmente, en las grandes ciudades y en los centros metropolitanos y los poblados menores, que en el campo. En

conjunto, la ciudad no favorece una vida económica en que el individuo en tiempo de crisis tenga una base de subsistencia a la que pueda recurrir, y tampoco favorece el autoempleo. Aunque los ingresos de la gente de la ciudad son, en promedio, superiores a los de la gente del campo, el costo de la vida parece ser superior en las ciudades más grandes. La propiedad de una casa causa mayores cargos y es menos frecuente, los alquileres son más altos y absorben una mayor proporción de los ingresos. Aunque el habitante de la ciudad tiene el beneficio de muchos servicios comunales, gasta una gran proporción de su ingreso en necesidades como recreo y automejoramiento, y una menor proporción en alimentos. Lo que no le ofrecen los servicios comunales, el habitante de la ciudad ha de comprarlo, y virtualmente no hay necesidad humana que no haya sido explotada por el comercialismo. Conseguir emociones y ofrecer medios de escapar de las faenas pesadas, de la monotonía y la rutina se convierte así en una de las principales funciones de la recreación urbana que, en sus mejores momentos ofrecen medios de autoexpresión creadora y asociación espontánea de grupos; pero que, más típicamente, en el mundo urbano resultan en una pasiva contemplación de espectáculos, por una parte, o en sensacionales hazañas de "romper récords" por la otra.

Reducido a un estado de virtual impotencia como individuo, el hombre de la ciudad se ve obligado a esforzarse, reuniéndose con otros de intereses similares en grupos organizados para alcanzar sus fines. Esto resulta en la enorme multiplicación de organizaciones voluntarias dirigidas a una variedad de objetivos tan grande como las necesidades e intereses humanos. Aunque por una parte los nexos tradicionales de asociación urbana se debilitan, la existencia urbana abarca un grado mucho mayor de interdependencia entre hombre y hombre y una forma más complicada, frágil y caprichosa de interrelaciones mutuas sobre muchas fases en las que el individuo, como tal, apenas puede ejercer alguna influencia. Frecuentemente, tan sólo hay la más tenue relación entre la posición económica de otros factores básicos que determinan la existencia del individuo en el mundo urbano, y los grupos voluntarios a los que está afiliado. Aunque en una sociedad primitiva o rural generalmente es posible predecir, sobre la base de unos cuantos factores conocidos, quien corresponderá a qué y quién se asociará con quién casi en todas las relaciones de la vida, en la ciudad sólo podemos proyectar la pauta general de formación y afiliación en grupos, y esta pauta mostrará muchas incongruencias y contradicciones.

#### *La personalidad urbana y el comportamiento colectivo.*

En gran parte por medio de las actividades de los grupos voluntarios, ya sea que sus objetivos sean económicos, políticos, educativos, religio-

so, recreativos o culturales, el hombre de la ciudad expresa y desarrolla su personalidad, adquiere una posición y puede practicar la gama de actividades que constituyen su carrera. Sin embargo, fácilmente puede inferirse que el marco organizativo que hacen surgir estas funciones tan sumamente diferenciadas no asegura por sí mismo la consistencia e integridad de las personalidades cuyos intereses despierta. Desorganización personal, perturbación mental, suicidios, delincuencia, crimen, corrupción y desorden pueden esperarse, en estas circunstancias, más difundidos en la comunidad urbana que en la rural. Estos se ha confirmado hasta donde se dispone de índices comparativos; pero el mecanismo subyacente en estos fenómenos requiere mayor análisis.

Como para la mayoría de los propósitos de grupo, en la ciudad es imposible llamar individualmente a grandes números de individuos discretos y diferenciados, y como sólo mediante la organización a la que pertenecen los hombres puede apelarse a sus intereses y recursos para una causa colectiva, ha de inferirse que el control social en la ciudad, típicamente, debe proceder mediante grupos formalmente organizados. También se sigue que las masas de hombres, en la ciudad, están sometidas a la manipulación de símbolos y estereotipos dirigidos por individuos que trabajan desde lejos o que operan, invisibles, tras las bambalinas mediante su control de los instrumentos de comunicación. En estas circunstancias, el autogobierno, sea en el dominio económico, el político o el cultural, se reduce a una mera figura de dicción o, en el mejor de los casos, queda sometido al precario equilibrio de las presiones de los grupos. En vista de la ineffectividad de los actuales nexos de parentesco, creamos grupos de parentesco ficticios. Ante la desaparición de la unidad territorial como base de la solidaridad social, creamos unidades de intereses. Mientras tanto, la ciudad como comunidad opta por una serie de relaciones tenues y segmentadas, sobreimpuestas a una base territorial con un centro definido, pero sin una periferia definida y a una división del trabajo que trasciende, con mucho, la inmediata localidad y que es de envergadura mundial. Cuando mayor sea el número de personas en estado de interacción, más bajo será el nivel de comunicación y mayor será la tendencia de la comunicación a proceder sobre un nivel elemental, es decir, sobre la base de aquellas cosas que se suponen comunes o de interés para todos.

Por tanto, obviamente es a las nacientes tendencias del sistema de comunicación y a la tecnología de la producción y distribución que han surgido con la civilización moderna, a las que hemos de examinar en busca de los síntomas que nos indiquen el probable desarrollo futuro del urbanismo que transformará, para bien o para mal, no sólo la ciudad, sino el mundo. Algunos de los más básicos entre esos factores y procesos y las posibilidades de su dirección y control requieren más estudios detallados.

Hasta el punto en que el sociólogo tenga una concepción clara de la ciudad como entidad social y una teoría viable del urbanismo, podrá tener esperanzas de desarrollar un cuerpo unificado de conocimientos fidedignos, pues lo que hoy pasa por "sociología urbana" ciertamente no lo es en el momento presente. Tomando este punto de partida, basado en una teoría del urbanismo como la que hemos delineado en las páginas anteriores, para elaborar, someter a pruebas y revisar a la luz de nuevos análisis e investigaciones empíricas, tenemos esperanzas de que puedan determinarse las normas de aplicabilidad y validez de los datos fácticos. La compilación heterogénea de información desconectada que hasta ahora ha ido a parar a los tratados sociológicos sobre la ciudad podrá así filtrarse e incorporarse a un cuerpo coherente de conocimientos. Incidentalmente, sólo mediante alguna de tales teorías podrá el sociólogo librarse de la práctica inútil de expresar en nombre de la ciencia sociológica toda una variedad de juicios a menudo infundados, concernientes a problemas como la pobreza, el alojamiento, la planeación de ciudades, la sanidad, la administración municipal, la política, el mercadeo, los transportes y otros asuntos técnicos. Aunque el sociólogo no puede resolver ninguno de estos problemas prácticos —al menos, no por sí mismo— si descubre su función propia sí podrá hacer una contribución importante para su comprensión y solución. Y más brillantes son las perspectivas de hacer esto por medio de un enfoque general y teórico, y no mediante un enfoque *ad hoc*.

## LA ESTRUCTURA ECOLÓGICA DE LAS CIUDADES MEXICANAS

FLOYD DOTSON  
y LILLIAN OTA DOTSON \*

*Presentación.* El problema con que nos ocuparemos en este artículo se presenta persistentemente en la ecología urbana.<sup>1</sup> ¿Tienen las ciudades a pesar de sus numerosas y evidentes variaciones individuales, una forma ideal interna, a través de la cual puedan ser descritas?

### *Teoría concéntrica de Burgess*

El profesor Burgess dio una respuesta a esta pregunta, respuesta que ha tenido una gran influencia entre los sociólogos urbanistas estadounidenses y que está contenida en el artículo leído hace unos 30 años ante la American Sociological Society.<sup>2</sup> Sea cual fuere el valor que finalmente quepa atribuir a su concepción de la ciudad, debe considerarse esta respuesta como una gran contribución teórica a la sociología, en virtud de las investigaciones y discusiones a que ha dado origen.

Idealmente, dice Burgess, la ciudad puede ser concebida, física y socialmente, como una serie de anillos concéntricos dispuestos en torno de un distrito comercial central. Lejos de ser una entidad estática, está formada característicamente por fuerzas dinámicas de crecimiento y decadencia. Físicamente, las casas que están más cerca del centro son las más viejas de la ciudad y, como pronto serán reemplazadas por edificios comerciales, nadie se ocupa de repararlas. Socialmente, esta zona de transición atrae, por sus bajas rentas, a las adiciones más recientes a la población de la ciudad que proceden de las zonas rurales. Culturalmente, en esta zona existe un agudo conflicto y dificultades para el ajuste entre las antiguas culturas rurales tipo *folk* y la nueva forma de vida urbana.

Más allá de la zona de transición está la zona hacia la cual pasarán los recién llegados a la ciudad (o sus hijos) a medida que vayan adaptándose a la vida urbana. Esta zona "de segundo establecimiento" está compuesta por los hogares pero razonablemente adecuados de la parte más estable y mejor pagada de la clase trabajadora. Detrás de la zona de segundo establecimiento están las residencias de la clase media establecida a la que esperan entrar muchos de los hijos e hijas de los trabaja-

\* Los autores son miembros de la Universidad de Connecticut. Su trabajo fue traducido del inglés por Angela Müller Montiel.

<sup>1</sup> Para nuestros propósitos actuales, la ecología humana de la cual la ecología urbana es sólo una rama especial, puede definirse como el estudio de la distribución en el espacio de los fenómenos sociales.

<sup>2</sup> Er. W. Burgess. *The Growth of a City* (An Introduction to Research Project), Publications of the American Society.